
**UN EJEMPLO DE MEDICINA RURAL DURANTE LA EPIDEMIA
DE CÓLERA: DON TOMÁS VALERA Y JIMÉNEZ.
VILLALGORDO DEL JÚCAR, 1885**

Por José Manuel ALMENDROS TOLEDO

La escasa literatura científica conservada en nuestra provincia, producida durante la pasada centuria, nos invita a dar a conocer la obra de un representante de la medicina rural, durante mucho tiempo desaparecida e ignorada, con la que poder ir tapando uno más de los infinitos huecos que hay en nuestra historiografía científica, permitiéndonos, así, ir cerrando eslabones en torno a nuestra propia identidad provincial. Este es el motivo que nos lleva a dejar aquí constancia de un libro prácticamente desconocido, del que hemos podido rescatar un ejemplar entre las polvorientas estanterías de una librería "de viejo" de una ciudad levantina. "*Breve reseña de una epidemia de cólera —morbo asiático en Villalgordo del Júcar con antecedentes y consiguientes*" es el título del libro escrito por Don Tomás Valera y Jiménez, médico de la referida localidad. Se imprimió en Albacete, en los talleres "La Unión", en el año 1885.

Como es sabido, la epidemia de cólera fue en el siglo XIX la uténtica asesina de Europa, de una Europa que parecía haber olvidado las grandes catástrofes demográficas de otros tiempos. Aunque era conocida desde la antigüedad, es a partir de 1826 cuando comenzó a invadir el continente, llenando de alarma con su presencia a las poblaciones durante todo el siglo y primeras décadas del presente.

El mal fue presentándose en oleadas casi periódicas, siendo en 1885 la última invasión que ocasionó una alta virulencia, pues aunque volvió a aparecer en 1911, su letalidad fue menor al poder ser frenada con el empleo de medios inmunológicos —como la vacuna Ferrán, entre otros— de gran eficacia terapéutica.

El gran prestigio alcanzado por las ciencias de la Restauración hizo surgir por todo el país un amplio movimiento de intelectuales cuyo esfuerzo común consistió en acercar el desarrollo científico español al resto de los países europeos. También fue considerable el número de miembros del colectivo de médicos rurales el que aceptaría su compromiso de impulsar el progreso de la medicina, luchando por apartarla de los viejos y anquilosados caminos de la tradición y la superchería¹. La idea de que el contagio era el medio de transmisión del cólera estaba ya totalmente aceptado en 1885, por lo que un gran número de médicos rurales —y sobre todo los que prestaban sus servicios en los cinturones

¹ Véase LÓPEZ PIÑERO, J. M.; GARCÍA BALLESTER, L.; FAUS SEVILLA, P.: *Medicina y sociedad en la España del siglo XIX*. Sociedad de Estudios y publicaciones, Madrid, 1964.

industriales—, eran conscientes de que este mecanismo hacía más vulnerables a las pequeñas poblaciones y a los barrios obreros, por lo general carentes de una adecuada infraestructura sanitaria y faltos de redes de alcantarillado y distribución de aguas con las suficientes garantías higiénicas².

Buena parte de este grupo de hombres al que aludíamos, al estar en contacto con las capas de población más desprotegidas, denunciaron la grave situación sanitaria de los barrios obreros y de las pequeñas poblaciones. Sus voces se dejaron oír a través de una larga lista de publicaciones, o estudios médico-sociales que solían llevar el nombre de topografías médicas³, literatura que proliferó en la segunda mitad del siglo pasado, uno de cuyos ejemplares es el que aquí comentamos. De este tipo de trabajos seguramente el más conocido y citado en nuestra provincia sea el de Don Eladio León Castro, médico titular de Casas de Ves⁴, al que habría que añadir *Apuntes para la topografía médica de Albacete*, y un proyecto de saneamiento para el pueblo de Pozo-Cañada, publicado con motivo de la epidemia colérica que sufrió dicha población en 1890, escritos ambos por Don Elías Navarro Sabater.

Aunque la obra del Doctor Valera vio la luz en los meses posteriores al cese de la epidemia, también incluye en ella algunos trabajos periodísticos que fueron saliendo de su pluma el año anterior al de la invasión.

Un examen general de ella nos muestra que está compuesta por una parte autobiográfica, con abundante información personal, y otra parte científica, en la que incluye numerosas observaciones sobre el comportamiento de la enfermedad durante su desarrollo. En esta última parte el autor reúne un amplio sumario en el que se entretiene en observar y analizar la infraestructura sanitaria del mundo rural, suministra información sobre temas geográficos, sociales y económicos de Villalgordo durante el último cuarto del siglo XIX, incorpora también en ella una cartilla de información sanitaria compuesta por él y dirigida al vecindario y, finalmente, nos aporta una interesante tabla de datos socioeconómicos sobre la incidencia de la epidemia en la localidad.

Los datos socioeconómicos recogidos en el libro sobre Villalgordo del Júcar en la época en que transcurren los acontecimientos podrían ser, en conjunto, los propios de un pequeño núcleo rural de nuestra provincia en aquel aciago año de la invasión colérica, aunque, tal vez, su situación sanitaria podía presentarse en desventaja sobre otros debido a que dicha población contaba con una industria papelera que empeoraba sus condiciones de salubridad, al estar en continuo contacto con la trapería y otros desperdicios que le servían de materia prima.

Situado sobre un pequeño promontorio que descansa sobre la margen izquierda del Júcar, distante unos 14 kilómetros de La Roda, Villalgordo, en el año

² Ibidem.

³ Véase LÓPEZ PIÑERO, José María. *Medicina moderna y sociedad española. Siglos XVI-XIX*. Cuadernos valencianos de Historia de la Medicina y de la Ciencia N.º XIX. Valencia, 1976.

⁴ LEÓN CASTRO, Eladio. *Apuntes Histórico y Topográfico-Médicos de la villa de Casas de Ves (Albacete)* Albacete, 1901.

1885, contaba con censo aproximado a los 1764 habitantes. Aunque su población tradicionalmente se había ocupado en las labores agrícolas, por esta época la mayoría de su vecindario se encontraba trabajando en las fábricas de papel y harina que tenían los señores Gosálvez, quedando relegada la agricultura a ser una actividad secundaria y complementaria para la mayoría de las economías familiares⁵.

La escasa producción agrícola se reducía fundamentalmente al cultivo de la vid, algún aceite, azafrán y, sobre todo, a la obtención del zumaque. Las aguas del Júcar, que irrigaban las huertas de su ribera, proporcionaban al vecindario una producción hortofrutícola de tipo familiar y permitían la instalación de algunos molinos harineros, de zumaque y prensas de aceite, aunque, como queda dicho, la mayoría de los ingresos de su población procedían del trabajo como asalariados en la fábrica de papel⁶.

Los servicios municipales eran mínimos; se reducían prácticamente a dos escuelas para niños, un matadero, un puesto de carnicería, un cementerio próximo al casco urbano, y algunos otros cuyas condiciones higiénicas eran bastante precarias y llenaban de inquietud al facultativo local, pues, según nos informa, el gobierno municipal apenas les destinaba los recursos ni las atenciones necesarios.

El autor también tiene un reflejo de intimidad en las páginas de su obra, dejando deslizar en ellas numerosas notas autobiográficas. Nos dice que era natural de Villalgordo, donde había nacido en el año 1846, y que "*en el año 1857, teniendo once años me marché del pueblo al que no volví hasta 1872, con estancia en él de unos cinco meses...*". Corto período en que —según sigue afirmando— tuvo numerosos enfrentamientos con las autoridades locales a causa de sus opiniones y de su conducta en el ejercicio de su profesión, viéndose obligado por ello a solicitar su renuncia a la plaza, tras lo cual tuvo que trasladarse a Quintanar del Rey en busca de trabajo, pueblo en el que permaneció como titular hasta que volvemos a encontrarlo de nuevo ejerciendo en Villalgordo.

De regreso a su patria chica contrató sus servicios con los titulares de la fábrica de papel cercana a la población, empleo del que pronto sería despedido, viéndose empujado a ejercer la medicina en consulta libre.

Haciendo gala de una gran libertad ideológica, que sustentaba en su condición de hombre de ciencia, junto a su independencia política, fueron los dos cimientos en que se apoyó Don Tomás Valera para plantear su lucha contra las autoridades locales y provinciales, en su intento de conseguir algunas mejoras sociales para las clases más menesterosas y desprotegidas del mundo rural.

Convencido seguidor de los grandes higienistas de su tiempo (Seoane, Pedro Felipe Monlau, J. Salarich, J. Gine Partagás, Membiela y otros), Don Tomás

⁵ VALERA Y JIMÉNEZ, Tomás. *Breve reseña de una pequeña epidemia de cólera-morbo asiático en Villalgordo del Júcar con antecedentes y consiguientes*. Albacete, 1885.

⁶ *Ibidem*.



Villalgordo del Júcar en el primer cuarto de siglo. Plaza Mayor.

Foto de Luis Escobar



Villalgordo del Júcar en el primer cuarto de siglo. Plaza Mayor.

Foto de Luis Escobar

dedicó su "Reseña" a la Sociedad Española de Higiene, de cuyas fuentes confiesa beber para la elaboración de sus trabajos. Como ellos pensaba que la administración pública estaba obligada a garantizar la salud de los ciudadanos, y debía esforzarse en prestar celosa atención a la higiene pública como única garantía de protección contra la enfermedad: "...la higiene, esa gran palanca de la sociedad y de la que en los momentos actuales debemos esperar muy buenas cosas, permanece en todas partes en el más punible abandono, acordándonos sólo de su existencia cuando ya tenemos la muerte encima de nuestras cabezas. ¡Valiente manera de discurrir...!"⁷.

Defensor y portavoz ante el concejo de la villa y ante las autoridades provinciales de las mejoras sanitarias que requería la higiene municipal, muy especialmente en aquellos días en que era esperado, el grande y temido azote del siglo, nuevamente volvieron a repetirse sus desavenencias con los grupos caciquiles que controlaban el aparato municipal y, por extensión, con las agrupaciones provinciales de médicos, dominadas por grupos de profesionales pro-gubernamentales defensores incondicionales de la política sanitaria del partido en el poder.

Dentro de la obra que comentamos, otro aspecto interesante que cabe destacar es que del conjunto de las 167 páginas que la integran, casi la mitad de ellas están ocupadas por una serie de artículos escritos en periódicos de la capital, haciendo así aún más estimable su hallazgo al haber desaparecido éstos. Su rescate nos permite ponernos en contacto con las inevitables controversias de la prensa albacetense en torno a un tema tan debatido como capaz de levantar encendidos apasionamientos, ya que cualquier opinión, procedimiento o técnica a emplear contra la enfermedad eran observados, la mayoría de las veces, con una actitud extracientífica, siendo aceptados o rechazados por los seguidores de una u otra familia política por criterios más dogmáticos que científicos⁸.

Estos primeros títulos, que aparecieron primeramente publicados en la prensa provincial y posteriormente incorporados al libro, salieron a partir de julio de 1884 en el "Diario de Albacete" y finalizaron en septiembre del mismo año. Lo encabezan dos trabajos iniciales que llevan por título "El cólera en Francia" y en ellos se detiene en llamar la atención de sus lectores recomendándoles calma y un riguroso control higiénico como únicas medidas capaces de prevenir el contagio e invita a todos —autoridades, pueblo y médicos— a echarse en brazos de la ciencia como única garantía de protección. Pide al vecindario que se esmere en conseguir una higiene rigurosa en sus domicilios y emplaza a las autoridades municipales para que gestionen medidas eficaces dirigidas al control de alimentos y de las aguas públicas, a la desinfección de las alcantarillas, letrinas, excusados, vertederos, casas de dormir, hospicios, colegios y cuantos puntos de

⁷ *Ibidem*.

⁸ FAUS SEVILLA, Pilar. "El cólera de 1885 en Valencia y la vacunación Ferrán". *Epidemia y sociedad en la España del siglo XIX*. Páginas 287-400. Madrid, 1964.

reunión pudieran servir de contagio; requiere a los médicos rurales a ocupar los puestos como paladines de la ciencia, los únicos capaces de enfrentarse a la enfermedad con las técnicas más apropiadas y a conservar su integridad profesional, no dejándose manejar por el poder político establecido, ni por las fuerzas vivas que frecuentemente controlaban los ayuntamientos.

Temas tan poco corrientes en las reivindicaciones de la época como la necesidad de dotar a las ciudades y a las cabeceras de comarca de laboratorios municipales y redes de alcantarillados, son el motivo principal de otro de estos artículos.

El último escrito de este primer bloque que salió a la calle en 1884 apareció en septiembre, cuando ya la climatología era una verdadera barrera a la penetración del vibrión colerígeno, e iba remitiendo la amenaza de su propagación. En él vuelve a emplazar a las autoridades provinciales, acusándolas de haber perdido un tiempo precioso sin haber arbitrado medidas preventivas adecuadas contra la propagación de la epidemia y de dedicar el transcurso del mismo a leer y a olvidar las circulares y disposiciones del Gobierno. En cierto modo el siguiente párrafo podía reflejar fielmente la situación de no pocos pueblos de nuestra provincia en estos años de trágicas esperanzas: *“Miedo, muchísimo miedo, pero al mismo tiempo sin ningún género de precauciones. ¿Cómo se explica esto?... Mientras en los pueblos no deje de atenderse con tanta preferencia a la política, a las elecciones de diputados y municipales, a los repartimientos de consumos, nombramientos de guardas, estanqueros, secretarios, a la clausura de casinos y a las prohibiciones en determinados sentidos sólo para los contrarios, el cólera y “las cóleras” seguirán enseñoreándose y campando por sus respetos.*

Los ricos se abroquelarán, se aislarán y harán del médico titular el esclavo de sus designios, y aun cuando a los demás se los lleven los mengues, poco les ha de importar cuando ellos se encuentran en la gloria...”

En su afán por luchar contra la enfermedad utilizando medios preventivos, llegaba a proponer en sus artículos la cremación de cadáveres como mejor destino para los cuerpos humanos tras la muerte, afirmación que debió de asombrar por su radicalismo en una provincia sobrecogida, con un partido conservador en el poder, y con una jerarquía eclesiástica que, aún no hacía muchas décadas, se había resistido a sacar los enterramientos de las iglesias⁹.

El segundo bloque de artículos, incluidos en la primera parte del libro, fue publicado en el periódico republicano “La Unión Democrática”, apareciendo el primero de ellos en julio de 1885, dos semanas antes de haberse declarado la enfermedad en Villalgordo (23 de julio). Todos ellos llevaban el encabezamiento genérico de “Actualidades” ya que, sin duda, era el fenómeno de más rabiosa

⁹ Aún después de la Real Orden de 2 de julio de 1833 que volvía a recordar la obligación de no efectuar enterramientos en las iglesias, en la mayoría de los pueblos del N.E de la provincia se seguían haciendo por no disponerse de cementerios. Por dicho motivo, eran frecuentes los enfrentamientos entre los fabriqueros de las iglesias, a quienes correspondía correr con los gastos de las inhumaciones de los feligreses, y las municipalidades que, de hecho, lo hacían a sus expensas.

actualidad de este momento en una España instalada en la alternativa pacífica de partidos, dividida en dos bandos que radicalizaban sus opiniones en torno a cualquier criterio político, científico, o de cualquier otro orden. La actitud dualista de la sociedad de estos años encontró frecuentemente motivos de polémica y enfrentamientos, pero entre todos ellos, se haría bandera de la estrategia a seguir contra la enfermedad¹⁰. Desde la inoculación ferraniana, las medallas protectoras, santeros, comadres saludadoras, etc., todo era un mundo que desbordaba el apasionamiento de las gentes y eran los temas de mayor afluencia a los ateneos, tribunas y periódicos.

La idea núcleo que va a presidir este grupo de artículos será la crítica a la puesta en práctica de la famosa trinidad con la que el Gobierno Civil¹¹ de la provincia había planteado su estrategia contra el cólera: fumigaciones, lazaretos y cordones sanitarios. Las primeras, según Don Tomás Valera, hacen falsear la idea de higiene colectiva, confundiéndolas con ésta, siendo su mayor inconveniente la falta de oportunidad, ya que solían hacerse en el momento de mayor dramatismo, cuando estaba próximo el peligro y parecían insinuarse los primeros indicios de contagio: *“La limpieza general y particular de una población —decía— hacen mucho más que el ir con el culo de un pucherete, una onza de ácido nítrico y unos pedacitos de cobre, pasándolo por las narices de cualquiera y marcharse después tan satisfechos y contentos. Lo que es ridículo no puede ser científico y la ciencia tampoco se presta al género burlesco...”*. También posterga en ellos la eficacia de los cordones sanitarios, frecuentemente violados por las clases económicas más influyentes, que no podían permitir que dicha mordaza atenazara sus intereses comerciales. Invalidaba también esta medida la imposibilidad de evitar otras filtraciones, tales como guardas rurales, guardia civil, personal sanitario, etc., que la hacían desaconsejable. En cambio, según él, resultaba más conveniente el aislamiento y la atención sanitaria dentro de las mismas comunidades, y, aunque se apartaba bastante de los acuerdos tomados por el gobierno de la provincia, esta opinión conjugaba con la más estricta ortodoxia médica, según los últimos acuerdos tomados en Roma en materia de epidemias.

Cuestiona los lazaretos como un método de defensa contra el mal por ser más propios del oscurantismo y la ignorancia de los siglos de peste, además de ser una costumbre inhumana que dejaba a los enfermos en absoluto aislamiento y desamparo, sin apenas protección ni cuidados, cuando más necesitados estaban de ellos, a la vez que solían emplearse para este fin, según su opinión, lugares infectos e inhabitables.

En lugar de estos procedimientos, que desecha por ineficaces, propone una serie de normas higiénicas, en su mayoría coincidentes con las que había propuesto la Academia de Médicos de Madrid el 21 de octubre de 1865¹². Exige

¹⁰ Ver FAUS SEVILLA, Pilar. Obra citada.

¹¹ Boletín Oficial de la Provincia N.º 72, 17 de junio de 1885.

¹² Gaceta de Madrid. 25 de julio de 1884.

de las autoridades locales y de la provincia que se comprometan en la elaboración de reglamentos sanitarios en los que se contemplara una política sanitaria responsable sobre basureros públicos y privados, vertidos de aguas sucias, pozos ciegos, molinos de aceite (u otros que proporcionaran desechos orgánicos), lavaderos públicos, aguas potables, etc., toda una larga serie de ordenanzas sanitarias encaminadas a conseguir una mayor limpieza para el medio ambiente urbano.

Aunque, si bien es verdad que una gran masa de disposiciones sanitarias se impusieron como consecuencia del cólera, demasiadas veces la Administración se encontró con la decidida resistencia ciudadana a la colaboración. En la misma capital de la provincia, aun contando con mayores recursos financieros y técnicos que la mayoría de sus pueblos, parece que su limpieza dejaba mucho que desear. Así se desprende de los ruegos que le hacen a la Alcaldía desde la prensa local, en los primeros días de septiembre, cuando todavía se estaba enterrando las últimas víctimas de la epidemia: *“...para que fijase su atención en la conveniencia y necesidad de adoptar algunas medidas para evitar a Albacete el repugnante espectáculo de ver caballerías muertas y en putrefacción al aire libre por todos los alrededores”*¹³.

Ante la apasionada polémica suscitada en toda la Nación por los grupos políticos alternativos en el poder sobre la vacuna anticolérica del doctor Ferrán —de la que nuestra provincia, lógicamente, no permanecería ajena— su responsabilidad científica le obligó a ponerse a su favor y al lado de los bacteriólogos, contrariando la orden telegráfica cursada por el Ministerio de la Gobernación (9 de julio de 1885) prohibiendo dicha práctica inmunológica¹⁴. Ya en 1884, y por propia iniciativa, Don Tomás Valera parece que salió de Villalgordo hacia Valencia en busca del citado doctor tortosino, con el fin de pedirle algunas dosis de su vacuna para emplearlas en su pueblo natal y aprender de él las técnicas de preparación de caldos y su inoculación. Su periplo resultó corto al encontrarse con Ferrán en la estación del ferrocarril de Albacete —donde se hallaba detenido a causa de los controles sanitarios establecidos por el Gobierno— sin que nada sepamos del resultado de la entrevista, aunque es fácil intuir el resultado negativo de la misma.

Es en esta segunda tanda de artículos periodísticos donde el Doctor Valera destaca la conveniencia de utilizar la vacuna anticolérica y saldrá en defensa de Ferrán, logrando con ello enfrentarse con el sector de médicos obedientes a las decisiones gubernamentales que la proscribían por considerarla altamente peligrosa. Por esta razón, Don Tomás no deja de sorprenderse ante la benevolencia con que las autoridades acogían prácticas tan alejadas de la ciencia como eran los rociados con aguas milagrosas, implantación de manos de santeros, rogativas, elixires maravillosos, etc., y, en cambio, veía con estupor como se

¹³ Diario “La Unión Democrática”. 12 de septiembre de 1885.

¹⁴ Boletín Oficial de la Provincia n.º 82. 10 de julio de 1885.

perseguía a tan notable investigador: “*Pero, no señor; se ha comenzado por hablar en Ateneos, en periódicos, en el Congreso, en los cafés, en todas partes se ha perseguido al doctor Ferrán como un criminal; por todos lados le han brotado enemigos, que quien más, quien menos, entre todos han puesto la cosa de tal manera que el cólera se meterá en cualquier parte a la llegada del invierno y Ferrán irá y vendrá todavía por esos mundos de Dios con la jeringa y los matraces, sin detenerse en ninguna parte, como un segundo judío errante... Desde luego que tratando el caldo directamente de manos de Ferrán y recibidas las instrucciones claras y precisas, no tendríamos inconveniente en trabajar para la inoculación externa, aún a trueque de no cobrar el trabajo, que a tanto y más llega nuestro desprendimiento científico y nuestro deseo de inquirir la verdad...*”.

Tal vez éste sea el motivo principal que le hizo merecedor de ser blanco de las hostilidades del estamento más conservador de los profesionales de la medicina, sin duda el más privilegiado y poderoso. En cierto modo, en su obra siempre está presente un rabioso deseo de vindicarse de las vejaciones sufridas por algunos de sus colegas.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de muchos paladines como este facultativo decimonónico albacetense, la vacuna ferraniana no obtuvo el respaldo internacional hasta la segunda década del presente siglo¹⁵.

Ante la amenaza que se avecinaba, la conmoción social era enorme y la lucha contra la epidemia se reservó para las Juntas Municipales de Sanidad, que basaron su estrategia frente a ella en torno a los tres puntos ya reseñados: fumigaciones, lazaretos y cordones sanitarios, dentro de la más estricta obediencia al Gobierno Civil, en cambio, muy poco llegó a hacerse para la prevención en otros campos. Por tanto, un buen punto de apoyo para recabar una información necesaria para el estudio del fenómeno social resultante durante la epidemia, sería recurrir a los puntos de vista divergentes que sobre ella tuvieron los médicos y otros sanitarios, como es el caso del que aquí nos ocupamos, desde los que poder observar, con otro ángulo distinto del oficial, las soluciones que encontraron para combatirla.

El contacto de los médicos rurales con los grupos sociales de los pequeños núcleos agrícolas, sin duda el más desprotegido y de mayores carencias, les condujo, además de ser denunciadores de estas faltas ante la Administración, a asumir un compromiso humano para suplir las privaciones en las que estaba sumido su entorno social. Sus respuestas ante ellas y ante la falta de información sanitaria, fue la proliferación de cartillas higiénicas populares¹⁶ impresas, la mayoría de las veces, a costa de sus propias economías. Don Tomás es uno de esta legión de profesionales, e incluye en su “Reseña” uno de los ejemplares compuestos por él y distribuidos entre la población de Villalgordo. Consta de un tríptico

¹⁵ Véase PÉREZ MOREDA, Vicente. *Las crisis de mortalidad en la España interior. Siglos XVI-XIX*. Madrid, 1980.

¹⁶ Véase LÓPEZ PIÑERO, José María. *Medicina moderna y sociedad española. Siglos XVI-XIX*. Cuadernos valencianos de historia de la Medicina y de la Ciencia. Valencia, 1976.

en cuya primera página figura una receta donde se especifica la composición de la fórmula magistral prescrita por el titular. La segunda página aparecía impresa con todo aquello que el autor consideraba que debía ser conocido por la población sobre la naturaleza de la enfermedad y sus medios de trasmisión.

Más interés sociológico tienen las últimas páginas de esta cartilla, en las que, nuestro doctor, trata de hacer su campaña de divulgación sobre los medios a adoptar para la preservación del cólera y los métodos inmunológicos que propone, tanto para el ámbito privado como para el municipal. Su valor radica en que podemos considerarlo como el resumen de su filosofía médica y uno de los pocos testimonios que han perdurado sobre prácticas preventivas de medicina rural en nuestra provincia en este aciago año de 1885. Sus recomendaciones para los municipios eran las siguientes:

Municipios.

1.º *Visitas frecuentes á los establecimientos de alimentos y bebidas, vigilando la buena confeccion y perfecto estado de unos y otras.*

2.º *Perfecta limpieza de calles, basureros, muladares, alcantarillas, vertederos, etc. Las alcantarillas y letrinas deben ser objeto de la más exquisita limpieza y desinfeccion. Las comunicaciones con el aire exterior deben estar interrumpidas.*

3.º *En caso de invasion colérica, establecer casas de socorro, donde no las haya, y doblar las guardias de las existentes, con suficiente número de botiquines de socorro á los coléricos y bastantes practicantes.*

4.º *Desplegar la más esquisita vigilancia para garantizar la pureza de las aguas potables.*

5.º *Crear lavaderos especiales donde se pueda limpiar la ropa de los coléricos en completo aislamiento y con los medios de desinfeccion necesarios, cuidando de que el agua que alimente estos lavaderos no proceda de origen contaminado, siendo lo preferible la destruccion de las ropas por el fuego.*

6.º *Los Municipios, al propio tiempo que se ocupan de que no falten buenos alimentos y bebidas en la abundancia consiguiente, deberán hacerlo tambien por medio de su Junta de Beneficencia de la distribucion de las sustancias desinfectantes entre las clases poco acomodadas, para atender al lavado y desinfeccion de las letrinas y vertederos.*

7.º *Deben tener carros especiales para trasladar los cadáveres; pues estos no se han de dejar en las casas sino en ciertos depósitos, con un profesor que compruebe detenidamente las defunciones.*

8.º *A ser posible debe haber un cementerio de epidemias, y mejor que todo sería emplear la cremación. De lo contrario, sepultura profunda, desinfectantes enérgicos, y no removerlas hasta un tiempo doble de las ordinarias.*

9.º *En las grandes poblaciones se pueden crear fuera de ellas hospitales de epidemias.*

10.º *No ocultar los primeros casos de epidemia ni abandonarlos tampoco por los perniciosos efectos que pueden producir.*

11.º *Castigar con mano fuerte todas las infracciones y sostener y hacer cumplir todas las prescripciones y determinaciones de la ciencia.*

12.º *Estudiar y mejorar las condiciones sanitarias de la localidad en general y en particular, antes de que sobrevenga la epidemia.*

Frente a la gran demanda de una medicina curativa, que era el denominador común de la población invadida —o en trance de serlo—, tomás Valera jugaba su carta principal contra la epidemia aplicando medidas de prevención individual que él consideraba eficaces y capaces de cortarle el paso. Su estrategia, basada en 12 puntos, la planteaba así:

Preservacion individual.

1.º *No hay ningun medicamento, droga, amuleto, ni ninguna sustancia, sea de la clase que fuere, capaz de preservar en absoluto del cólera. Los charlatanes, curanderos y médicas caseras perjudican notablemente, porque explotan el bolsillo y la salud, entreteniéndolo y dando lugar á desatender el buen régimen y á cometer abusos de todo género.*

2.º *Para que la emigracion pudiera producir buenos efectos era menester: irse pronto, léjos, y volver tarde; más como no se sabe á donde ir, por no existir ningun punto, ninguna distancia, ni ninguna situacion topográfica segura de la inmunidad y además, ya se suele llevar el principio de la enfermedad, lo mejor es no hacerlo y sí rodearse de las mejores precauciones higiénicas ó formar colonias bastante separadas, con las mejores y mayores comodidades posibles al objeto de evitar ha-cinamientos.*

3.º *El contacto del miasma colérico es el que produce la enfermedad; por lo tanto las privaciones ó el uso de tal ó cual sustancia no evitan el contagio.*

4.º *Lo que sí es cierto, que el cólera ataca más y con mayor intensidad á cuantos viven en malas condiciones higiénicas y cometen excesos que á los de vida metódica y arreglada y usan buen régimen y buenas costumbres.*

5.º *Debe evitarse el abuso en la alimentacion y sobre todo en las bebidas alcohólicas, las cuales perjudican, favorecen y agravan los ataques coléricos.*

6.º *Preservarse de la humedad, de los enfriamientos y de las transiciones bruscas de temperatura; debe respirarse aire puro y hacer ejercicio en el campo.*

7.º *Las habitaciones deben limpiarse y ventilarse á menudo, y*

cuando haya habido algun colérico se blanquearán y desinfectarán.

8.º Las aguas que se hayan de beber deben hervirse por si estuvieran infestadas.

9.º Deben formarse asociaciones para socorrer y atender á los pobres que son siempre los más necesitados del apoyo de la caridad.

10.º La más leve diarrea, la más pequeña indisposición, debe ponerse inmediatamente en conocimiento del médico y seguir atentamente sus prescripciones pecando más bien por pesados que por indiferentes y apáticos.

11.º La ciencia tiene medios para combatir el cólera, y por lo tanto, debe abrigarse mucha confianza, sin exagerar sus consecuencias, sin el miedo con que la generalidad lo pinta y sin echarse en brazos de la fatalidad ó de la casualidad: tranquilidad moral y atención á las prescripciones facultativas.

12.º Parece cosa averiguada que los enfermos del cólera, suelen no padecerlo otra vez, y además, por una receptibilidad especial, muchos, aun en medio de las mayores epidemias, suelen salir ilesos y esto debe tranquilizar un poco más, sin que por eso deba nadie abandonarse.

INFORMACIÓN ESTADÍSTICA

“Reseña” supone una excepción en el yermo panorama de la literatura científica decimonónica albacetense, muy poco inclinada a la elaboración de informes y a la recogida de datos. Su autor completa su trabajo con un apartado en el que incluye algunas notas estadísticas sobre el desarrollo de la epidemia, desde el 23 de julio, que se presentó en Villalgordo, hasta el 9 de septiembre, fecha en la que se produjo la última defunción a causa de ella.

La lista que él aportaba (124 casos de invadidos) difería en 7 casos de la que había enviado la municipalidad al Gobierno Civil (117).

Los datos estadísticos que nos proporciona, se distribuyen de la siguiente forma:

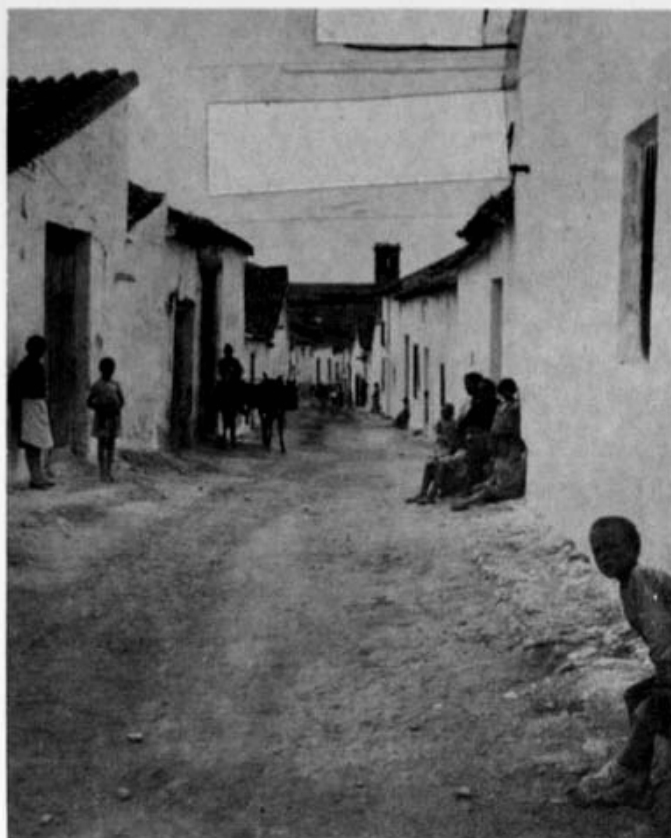
<u>ATACADOS POR EL CÓLERA</u>			<u>FALLECIDOS DE CÓLERA</u>		
<u>HEMBRAS</u>	<u>VARONES</u>	<u>TOTAL</u>	<u>HEMBRAS</u>	<u>VARONES</u>	<u>TOTAL</u>
74	50	124	27	18	45

<u>POR ESTADOS</u>							
<u>ATACADOS</u>				<u>FALLECIDOS</u>			
<u>SOLTEROS</u>	<u>CASADOS</u>	<u>VIUDOS</u>	<u>TOTAL</u>	<u>SOLTEROS</u>	<u>CASADOS</u>	<u>VIUDOS</u>	<u>TOTAL</u>
40	75	9	124	19	21	5	45

	<u>POR EDADES</u>	
	<u>ATACADOS</u>	<u>FALLECIDOS</u>
<i>Hasta 1 año</i>	1	0
<i>A 3 años</i>	11	5
<i>A 5 años</i>	2	3 (sic)
<i>A 10 años</i>	7	2
<i>A 15 años</i>	8	5
<i>A 20 años</i>	6	1
<i>A 30 años</i>	34	6
<i>A 40 años</i>	19	11
<i>A 50 años</i>	11	1
<i>A 60 años</i>	15	5
<i>A 70 años</i>	8	5
<i>A 80 años</i>	2	1
TOTAL	124	45

Trató de establecer criterios de correspondencia entre el número de invadidos y el de fallecidos por calles, según la estructura social de las gentes vecindadas en ellas.

<u>NOMBRES</u>	<u>CALLES:</u>		<u>NÚMERO DE FALLECIDOS</u>
	<u>HABITANTES DE CADA UNA</u>	<u>INVADIDOS</u>	
<i>Quintanar</i>	259	25	9
<i>Batanes</i>	135	18	8
<i>Larga</i>	204	17	7
<i>Jara</i>	168	10	2
<i>Chiquita</i>	71	10	7
<i>Río</i>	184	8	4
<i>Pajares</i>	49	6	4
<i>Carrasca</i>	105	6	1
<i>Tejar</i>	254	10	1
<i>Tarazona</i>	74	3	1
<i>Caniego</i>	56	2	1
<i>Gaspar</i>	105	2	
<i>Extramuros</i>	—	2	
<i>Toboso</i>	39	3	
<i>San Roque</i>	103	2	
TOTAL		124	45



Villalgordo del Júcar en el primer cuarto de siglo. Calle Larga.

Foto de Luis Escobar



Villalgordo del Júcar en el primer cuarto de siglo. Calle de Tarazona.

Foto de Luis Escobar

Sin embargo, sus conclusiones parecieron demostrarle que la enfermedad no respetaba los criterios económicos que él suponía: *“No debe haberse estudiado todavía lo suficiente en el cólera, cuando aquí se ha visto que las casas más sucias, más abandonadas y que sus habitantes tienen fama de miserables y descuidados, han permanecido completamente indemnes”*.

La letalidad del cólera en Villalgordo (36'10%) con respecto a los atacados fue algo inferior a las cifras que nos da Carlos Panadero¹⁷ para nuestra provincia, y muy similar a la estimación que hace para toda España (35'4%) el profesor Jordi Nadal¹⁸.

El autor adjunta también en su libro una ficha pormenorizada de los enfermos atacados por la epidemia, en la que incluye, además de los síntomas y el tratamiento, algunas anotaciones sobre su posición social, condiciones de habitabilidad de sus viviendas, etc.

Concluido y publicado su trabajo de investigación y documentación sobre la incidencia de la epidemia en Villalgordo, Don Tomás Valera se propuso generalizar sus estudios al resto de la provincia de Albacete. A partir del 9 de noviembre, cuando ya el mal había remitido y cesado la mortandad por su causa en la provincia, Don Tomás comenzó a enviar un cuestionario a las autoridades municipales, párrocos y médicos de pueblos y aldeas de la provincia para que contestaran, *“hubieran o no padecido el cólera-morbo asiático, con objeto de poder formar la historia detallada del mismo...”*.

Como a mediados de enero de 1886 aún le faltaban algunas contestaciones por recibir, hizo un nuevo llamamiento a través del diario *“La Unión Democrática”* invitando a los morosos a *“enviar y rellenar las casillas del citado cuestionario, en la finísima convicción de que se lo agradecerá infinito la humanidad y el que tiene la honra de dirigirles esta petición”*¹⁹.

Ignoramos si el doctor Valero consumó su ambicioso proyecto, pues de su obra solamente hemos conseguido rescatar esta *“Breve reseña...”* que aquí presentamos, y algunos artículos sueltos en la prensa provincial. Pero son muestra suficiente para acercarnos con bastante detalle a las inquietudes y tensiones que se produjeron ante el anuncio de la inminente invasión y la posterior propagación de la epidemia en la sociedad albacetense de hace cien años.

Por otra parte, de toda la acalorada disputa suscitada entre el marco político del sistema canovista y algunos hombres del mundo de la ciencia, hemos podido encontrar un pequeño reflejo en nuestra provincia, en la figura y el compromiso personal de este representante de la medicina rural.

J. M. A. T.

¹⁷ PANADERO MOYA, Carlos. *“Albacete en el siglo XIX”* en *Historia de Albacete y su Caja de Ahorros 1833-1985*. Pág. 35. Albacete, 1985.

¹⁸ NADAL, Jordi. *La población española (siglos XVI-XX)*. Ariel. Barcelona, 1973.

¹⁹ *La Unión Democrática*. 16 de enero de 1886.